

Reseñas Bibliográficas

STAUDINGER JOSEF. — "La Vida Eterna" (Misterio del alma). — Edit. Herder. — Barcelona, 1959.

No está mal el insistir en nuestro mundo actual sobre la "vida eterna". Frente al bloque materializado, negador de todo valor eterno en el hombre, los mismos cristianos hemos insistido últimamente, quizá demasiado, en el aspecto de la temporalidad de la misión de la Iglesia y del cristiano, olvidando que hoy como ayer y como siempre, la vida eterna es la íntima y seria preocupación del hombre y el criterio fundamental para determinar sobre la eficacia de cualquier acción, no sólo cristiana sino aun simplemente humana.

Si algo pide y necesita nuestro hombre actual, hastiado de existencias concretas, angustiosamente delimitadas por el espacio y el tiempo, embrutecido por un afán de goce materialista, es la luminosa, tranquila y por lo mismo temporalmente eficaz presencia de hombres que vivan en el tiempo bajo el signo de lo eterno. Digan lo que digan los insistentes snobismos religiosamente dilettantes, el criterio de eternidad continúa siendo lo fundamental para discernir las obras y los hombres.

Aunque sólo fuera por el hecho de haber actualizado el tema de lo eterno, la obra de Staudinger merecería todo nuestro aplauso. Sólidamente fundamentado en Filosofía, conocedor del amplio pensamiento actual y sobre todo siguiendo las líneas maestras de la Revelación en las Escrituras, presenta en toda su amplitud el hecho de la vida que por ser eterna tiene sus raíces ya en nuestra temporalidad presente.

Con un enfoque y estilo acomodado a los hombres de nuestro mundo, en continuo diálogo con las dificultades, los sentimientos y las angustias de nuestros días, concretadas en los representantes de filosofías y literaturas modernas, el autor analiza, al alcance del gran público de

cultura superior, seis puntos capitales de la vida eterna. La existencia del más allá probada por la razón misma del hombre y por el testimonio vivo de Jesucristo, el gran Testigo de lo que ha de venir y permanecer para siempre. El sentido de lo temporal a la luz del más allá eterno. La hora decisiva del juicio definitivo de Dios, sobre el filo de los dos mundos: muerte a lo temporal, nacimiento a lo eterno. Y las "dos eternidades": la verdadera vida eterna y la otra vida que, siendo eterna, es muerte. Y ante ese más allá, nuestra debilidad humana colaborando con la Gracia de Dios en lo que los hombres han llamado el misterio de la Predestinación en busca de lo eterno.

No es fácil lograr el equilibrio conseguido por el autor entre lo profundo del pensamiento y la amenidad y actualidad de la presentación. Agradecemos a Staudinger y a Herder y al traductor de la tercera edición alemana el que nos hayan dado una obra que desentraña para los hombres de nuestros días lo que es el verdadero "misterio del alma", esa vida del "más allá", título del original alemán.

E. Tamir.

"La Ciencia Investiga el Antisemitismo". — Ediciones del Instituto Judío-Argentino de Cultura e Información.

Los últimos conatos de antisemitismo ocasionan, sin duda, la publicación de este pequeño folleto de 16 páginas.

Basándose en encuestas científicas se estudian en él las causas múltiples de ese oscuro resentimiento que arrojan a unos hombres contra otros. El caso judío es típico a través de la historia.

Juzgamos oportuno el folleto para quienes, en su cerrazón mental, pudieran creer estar haciendo un bien a la sociedad con su actitud antisemita.

Para nosotros, cristianos —perseguidos

también a través de la historia— el odio racial o ideológico no puede tener cabida en una sociedad sana. Nos sabemos todos hermanos, hijos de un mismo Padre, que está en los cielos.

El folleto nos parece un tanto superficial, fruto quizás de la prisa.

No importa; es un testimonio más en favor de nuestros hermanos judíos y lo recibimos con afecto; con el afecto con que, hace unos años recibimos el cálido y sublime testimonio de esa niña extraordinaria judía que se llamó Ana Franck.

P. Fuentes.

MARIELENE LEIST. — "Creada para el Amor". — Traducción del alemán por Constantino Ruiz-Garrido ("Perspectivas", 6). — 20 x 12 cms., 272 págs., 2 láminas. — Ediciones FAX. — Madrid.

Cuando nos es anunciado un libro que, como éste, va dirigido a las muchachas y casadas jóvenes, pensamos en los aires de la sociología, de la biología o de la moral. Tales obras son absolutamente imprescindibles. Pero ésta, presuponiendo las anteriores, y sin subirse a la cátedra ni exponer altos esquemas éticos o sociales, descubre el velo de los misterios de la vida y trata con sencillez de expresión y solidez de fondo, la manera de vivirlos.

Obra cordial, que conversa con las jóvenes desde su mismo plano. Que resuelve pequeños y grandes problemas, dudas y vacilaciones, sin darle a todo ello —valga la frase— excesiva importancia.

Tal ha sido la meta alcanzada por la autora de este libro, perspectiva verdaderamente nueva —por lo eficaz— sobre problemas fundamentales y cotidianos. "Creada para el amor", es como un diálogo tranquilo e íntimo de una madre con su hija o de la amiga mayor con la más joven. Ni la una ni la otra se meten a "director espiritual", o a "higienista". No es ese su fin ni puede ser ese su tono. Se limitan a exponer llana y noblemente las experiencias de la vida. De esta manera se verá todo ello impregnado por ese toque amigable, cariñoso, humano, tan útil y hasta necesario. Sin querer hacer gala de erudición, pero mostrando continuamente un profundo conocimiento del vivir.

La niñez; la adolescencia; las relaciones —a veces tan tirantes— con los padres y los hermanos; la pubertad; el amor; el matrimonio; los hijos... Del análisis de todos estos problemas, hecho de forma aleccionadora, realista, incluso poética, va surgiendo lo que "de verdad" es el amor. Su concepto auténtico y tras-

cendente, su genuino sentido en la teoría y en la práctica —en la práctica— de las situaciones diarias.

La autora, con este libro, presidido por un íntimo sentido de sinceridad y verdad, ha alcanzado un doble fin. Templar los dorados sueños de muchas jóvenes hacia una felicidad quimérica; e indicar el camino de la auténtica felicidad, por medio del verdadero amor, a las que para él fueron creadas.

Jorge Rois.

GUILLERMO FURLONG S. J. — "Los Jesuitas y la Escisión del Reyno de Indias".

Con este título se ha publicado el último libro, de carácter histórico, escrito por el Padre Guillermo Furlong, S. J. Sería redundante exhibir los bien ganados méritos que dentro de los estudios históricos, puede ostentar, como pocos, este fructífero y profundo autor jesuita. Su nombre figura, con definidos relieves en el campo de la lucha por la verdad histórica, por la reconstrucción de nuestro mejor pasado, por la defensa de las raíces espirituales argentinas. Y entre el centenar de obras que lleva escritas, algunos de esos títulos son imperecederos jalones para la cultura nacional y para la historia de las ideas que la inspiran.

Con tales antecedentes, no podía extrañar el interés que despierta este nuevo trabajo, aparecido con neta intención esclarecedora, y que ha de perdurar, seguramente, entre los mejores saldos de cuantos nos brindó la recordación del Sesquicentenario.

A través de cuatro medulosos ensayos, sobre otros tantos beneméritos miembros de la Compañía de Jesús se ha centrado lo más profundo de los temas que en su conjunto abarcan la acción ideológica y política desplegada en pro de la emancipación hispanoamericana. Acción que venía fermentando desde antaño y que encontró en la orden jesuita, la mejor interpretación del democratismo ibérico, cuando el absolutismo borbónico inició la política que llevaría a la desmembración imperial.

Frente a los lugares comunes que con monótona repetición, viene transmitiendo la historiografía oficial clásica, la obra de Furlong destruye los errores de este centenario sectarismo, ubicando las cosas en su verdadero lugar. No tanto ponderar la cronología episódica, ni detenerse con fruición en la guerrera. Hay que ir al estudio de las ideas que movieron a nuestros grandes fundadores. Conocer y ubicar los ideales que sintieron y los pro-

pósitos por los que lucharon, parece desprenderse como enseñanza de la lectura de este libro. Porque no ha bastado invocar los anhelos de libertad que llevaron como emblema los hombres de 1810 para explicarlo todo. Hay que saber qué libertad es la que quisieron asegurar y de dónde venía esa concepción filosófica, que se ha querido disimular como un mimético trasplante enciclopédico.

Leer a Furlong es suficiente para aclararlo afirmándonos en la grandeza del linaje espiritual ibérico, cuyos pensadores, teólogos y juristas, enseñaron siglos antes que los liberales ingleses y franceses, el valor de los derechos personales y el principio de la soberanía popular. Fue el producto de esa profunda renovación ideológica nutrida en Santo Tomás, la que difundióse en América junto con la población española, y que en el Plata alcanzó especial irradiación desde los claustros cordobeses.

De ahí que cuando el estado monárquico influenciado por el despotismo ilustrado, invirtiera los fines misionales que caracterizaron la España del Siglo XVI, fueran retoños de su mismo tronco, los que buscaron para América un nuevo destino de libertar, afín a los viejos ideales de Francisco de Vitoria, de Juan de Mariana, de Bartolomé de las Casas, de Domingo de Soto, y por sobre todos, de Francisco Suárez, el doctor eximio cuya concepción del contrato político en el origen legítimo del poder de los pueblos, antecede más de un siglo a Rousseau.

Era esa la Libertad, con mayúscula, fiel a los derechos naturales y a la fraterna igualdad cristiana, cuyo estilo de vida empezó a desvirtuarse desde fines del Siglo XVIII en España y en América; y que cuando sumió en acefalía a la autoridad real, cuando desapareció el trono por la invasión cesarista napoleónica, desencadenó en 1808 y 1809, respectivamente, allí y aquí, la lucha por nuestra libertad civil que conmovió a dos continentes unidos en el mismo patriotismo racial.

Esa hora, fue anticipada premonición por escogidos hijos de la América fiel a su abolengo tradicional, y la simultaneidad de la acción desarrollada en el Plata o Méjico, en Nueva Granada o el Alto Perú, permite a Furlong, que estudia la sucesión alternativa de estos hechos, asignarles el mismo sentimiento político e idénticas fuentes filosóficas.

Eran las desprendidas de las doctrinas suaristas que su orden difundiera continentalmente y que entre nosotros fueron actualizadas en la discusión del Cabildo del 22 de mayo de 1810, al argumentarse del rompimiento de los vínculos de dependencia que unían al pueblo con su

rey, retrovertiendo la soberanía en sus fuentes. El capítulo en que Furlong sostiene que el P. Francisco Suárez, S. J., fue el filósofo de la emancipación hispanoamericana, no por conocido, pierde el excepcional interés con que desenvuelve su argumentación histórica, dejándonos la indudable sensación de su acierto crítico. Tanto como la impugnación polémica referida a la imposibilidad de la pretendida influencia roussoniana, que se reitera en las notas del Apéndice.

Conocíamos la médula de esta elucubración del P. Furlong, a través de los trabajos que publicara hace pocos años la Fundación Victoria-Suárez, pero de allí a éste, encontramos halagüeños y sutiles detalles diferenciales.

Ellos dan la pauta de una continua y ascendiente madurez en las preocupaciones ideológicas de su autor, antes muy proclive a la corriente académica que ahora corrige, por ejemplo, a través de algún juicio de su máximo exponente de otrora, el Dr. Ricardo Levene.

La indudable influencia del suarismo, que se refuerza con escogidos trozos de documentos o autores de ambas Américas, halló exteriorización política en casi todos los miembros de su Orden, contagiados por el mismo fervor a los derechos populares. Eminentes y dispersos los exponentes mayores de esa pléyade bruscamente desgajada en 1767, Furlong ha espigado de entre ellos, a los que más directa relación tienen con nuestra independencia. De esa larga lista, se detiene en la evocación del mendocino Juan Godoy, "el precursor" de la emancipación, cuya azarosa existencia le sitúa inicialmente primero que el mismo Miranda en sus trabajos revolucionarios.

Otro tanto hace con el "Promotor" peruano Juan Pablo Vizcardo que fue quien dio "la primera clarinada en 1791 con su "Carta a los españoles americanos". Y por último, Furlong exhuma la injustamente olvidada figura de "un poeta de la emancipación", el tucumano Diego León Villafañe, que fue el único de aquellos jesuitas que tuvo participación en los sucesos de Mayo en forma directa. Cantor de las victorias de Belgrano y sobreviviente hasta los sucesos de 1830, pudo alcanzar a ver consumada la obra que anunciaron audazmente sus hermanos; la de nuestra Independencia. No sin nublar-se su vejez por los excesos liberales que intentaron desnaturalizar sus orígenes; éstos que Furlong ahora realiza en buen momento, a través de este magnífico libro al que no vacilamos en adherir sin reservas.

Luis C. Alén Lascano.

JOSÉ MACERNIS. — "Relativismos o la verdad positiva. Einstein. Heisenberg. Heidegger.". — Ediciones Paulinas. — Buenos Aires, 1960. — 247 páginas.

Por su presentación moderna y su estilo ameno, lo mismo que por la información científica acumulada en ella, esta obra aspiraba a convertirse en una guía para dilucidar no pocos de los problemas que se plantean a la ciencia y la filosofía en el análisis del mundo material. El epígrafe elegido indica el eje científico-filosófico del trabajo: el relativismo.

A pesar del interés demostrado por el autor en mantener un nivel científico uniforme, creemos que a menudo se confunden en un mismo plano la ciencia y la filosofía. Probablemente, el error nace de la orientación polémica que anima e hllvana un tema con otro. Las figuras tan diversas de Einstein, Heisenberg, Heidegger y Loedel intervienen en un juego expositivo confuso, que no permite aclarar del todo con qué intención se les hace asumir compromisos discutibles. No pensamos con el Dr. Macernis que Heidegger sea un periodista divulgador de las ideas de Einstein (cfr. p. 13). La temporalidad que el primero plantea en un campo filosófico difiere substancialmente de la que el famoso físico propone en un plano más bien científico.

Algunas tesis escolásticas han sido mal interpretadas. Nombremos: el adagio clásico: "nada hay en el intelecto que antes no hubiera pasado por los sentidos" (cfr. pp. 29 y sig.); y la doctrina acerca de la naturaleza del tiempo y el espacio. El autor distingue lo "real" de lo "existente", pensando que Aristóteles al hablar de la substancia y el accidente (cfr. pp. 28-29), o los escolásticos al referirse al espacio y tiempo absolutos como entes de razón con fundamento *in re* (cfr. p. 57), no lo hacían o ignoraban tales categorías.

Hubiera sido interesante abrir una perspectiva más amplia sobre el estudio fenomenológico del tiempo (cfr. p. 66), que aparece también como flujo. Este punto nos separa nuevamente del autor (cfr. STANISLAS BRETON, "Conscience et Intentionnalité"; Paris, Vitte, 1956; pp. 187-197).

Algunas otras afirmaciones que hallamos a lo largo de la obra hubieran exigido una mayor reflexión. Tal es el caso de la teoría del éter, que parece admitirse con excesiva seguridad (cfr. pp. 72-73), o el decir que Maritain sucumbe a la magia de la matemática (cfr. p. 155) en su *Philosophie de la Nature*. Entendemos, por otra parte, que a Ortega no se le puede llamar "discípulo" de Heidegger (cfr. p. 228).

Alabamos las intenciones del Dr. Ma-

cernis y el hecho de haberse arriesgado a acometer una empresa difícil, para cuyo éxito hubiera sido aconsejable adoptar una perspectiva más lejana (cfr.: EMILE SIMARD, "La nature et la portée de la méthode scientifique"; Quebec, presses Univ. Laval, Paris, Vrin, 1956; y J. ECHARRI, "Philosophia Entis Sensibilis"; Barcelona - Friburgo - Roma, Herder, 1959).

César Sánchez Aizcorbe, S. J.

MARC ORAISON. — "La unión de los esposos". — Colección Psicología. — Medicina Pastral. — Edición Razón y Fe. — Madrid, 1959.

El autor no es desconocido en el campo de la medicina, ni en el terreno de la psicología moral.

Ambos campos son de gran trascendencia en nuestro mundo moderno, en que navegan tantas y dispares teorías, sobre el hombre y sus actuaciones como tal.

En el plano matrimonial, el hombre debe comportarse como un verdadero hombre. Encontrar su plenitud humana en el amor, en el sacramento del amor humano. Partiendo de una definición, que no da, pero que supone, el autor busca, con verdadero afán, quitar a los jóvenes esposos, los obstáculos, que se pueden oponer a la perfecta realización de su matrimonio, como camino puesto por la Iglesia para llevarlos a Dios.

Podemos definir el matrimonio, como un contrato entre dos personas de distinto sexo, en el que se pone como objeto del contrato, el uso del cuerpo de cada contrayente.

Este contrato así especificado y realizado según las normas dadas por la Iglesia y ante su representante oficial, es un sacramento.

Sacramento es decir: fuente de gracia santificante y signo sensible de esa gracia.

De este tema humano-divino, sobre el que se ha discutido tanto, Oraison tiene el mérito de escribir páginas verdaderamente originales.

Ha conjugado, de manera muy acertada, su ciencia psico-médica con su ciencia sacerdotal. De manera que no propone una terapéutica ni una receta moral, sino un camino espiritual. Eso es el matrimonio: un sacramento que lleva a los esposos hacia Dios, por la realización perfecta de él.

Unión perfecta de los esposos, realización plena del matrimonio, camino que lleva a Dios por la felicidad y por el dolor compartidos.

El instinto sexual existe; de nada sirve ignorarlo ni conformarse con una infor-

mación incompleta en el plano psicológico o en el campo biológico.

El cristiano debe integrar, también, su instinto sexual, al movimiento ascendente, que con la ayuda de la gracia lo conduce a Dios, su meta y fin.

Esto implica una "tensión positiva", que se revela sobrepasando el plano puramente instintivo. Hay que mirar siempre hacia lo alto, hacia arriba. La orientación vital del instinto sexual hacia Dios se realiza en la aceptación amante, confiada, gozosa, de la Cruz de Cristo y en el cumplimiento de lo exigido por el Creador.

Marc Orailson, con profundo conocimiento de la psicología y dándonos un análisis certero de todas las facetas que contribuyen a la unión de dos seres humanos, indica la manera de realizar este sacramento.

Toca, así, aspectos de esa unión total, dos en una carne, que van desde lo meramente biológico, hasta la unión de espíritus en Dios.

Para lograr esta perfecta unión es necesario ser adultos y llegar adultos al matrimonio.

Es necesario, también, llegar íntegros biológica y espiritualmente. Haber educado el amor, el espíritu para el don cado, desde la más tierna infancia, el perfecto de sí; buscando siempre la felicidad del ser amado y no el placer egoísta del propio Yo.

El autor concluye con una posibilidad luminosa, para aquellos esposos que han Ellos encontrarán, en el mismo matrimonio llegado mal equipados al matrimonio. nio una fuente inagotable de perfeccionamiento, si tienen el valor necesario para enfrentarse con sus propias realidades humanas; deficiencias y virtudes.

Creo sinceramente, que leer este libro hará un bien muy grande a los jóvenes esposos, a los padres, para educar positivamente a sus hijos sobre esta materia, y por último a aquellos que se están preparando para un matrimonio no lejano.

Lucio Andrade, S. J.

CARLOS SFORZA — "Valoración de León Bloy". — Ed. del autor. — 16 págs.

No es fácil en tan breves páginas encerrar el alma inmensa del "hombre de lo Absoluto". Carlos Sforza realiza, sin embargo, en este folleto, una enjundiosa síntesis de Bloy "hombre", "artista" y hombre religioso". Su trabajo es una introducción al conocimiento del escritor. Realizado con sencillez y profundo afecto ahonda en su alma y en su obra, dentro de lo permitido por los límites que se ha

fijado. Indudablemente, hubiéramos deseado un análisis más detenido de la infancia desdichada de Bloy; ello nos hubiera revelado mucho de su ulterior actitud; como dice Peguy: "la vida del hombre está encerrada en sus doce años primeros". También nos hubiera gustado una valoración más profunda de la actitud inconformista, quizás amargada, de León Bloy, frente a los hombres de su época. Desde el punto de vista de un "hombre religioso", el tema es básico, pues una amargura despechada disminuirá mucho el contenido de sus arranques místicos.

De todos modos el trabajo de C. Sforza se recomienda por lo que contiene. A través de 16 páginas aparece el rostro de Bloy con bastante nitidez... y eso ya es mucho.

P. Fuentes

ARTURO CERRETANI — "La Puerta del Bosque". — Ed. Goyanarte.

Pocos escritores hay tan fecundos como Cerretani. Por lo menos cuantitativamente no se puede poner esto en duda.

Después de "El Pretexto", el autor de "La brasa en la boca" (Cfr. "Estudios", Nº 520, Dic. 1960) nos ofrece esta novela cuyo ambiente está muy próximo al de las anteriores. La muerte suicida de Adenaudi, famoso compositor, lleva a un joven periodista a urgar en el secreto de su existencia. Dos mujeres de las que la segunda —Silvana— no es para el compositor sino la reencarnación de la primera —María Belén—, explican todos los éxitos y fracasos del maestro y su vida misma.

Adenaudi es una especie de monstruo del arte, encarnación del mal (y ya estamos en la temática típica de Cerretani) cuya única misión parecería consistir en aniquilar los resabios de bondad que deambulan por esta tierra. Su vida —que es su arte—, se alimenta con la despersonalización de sus víctimas. Sus dos piezas más maravillosas brotan ante la presencia de las dos protagonistas. La primera de ellas —María Belén—, arroja su cuerpo (lo único que le quedaba propio) bajo las ruedas de un tren. En cuanto a Silvana, si bien ha obtenido la venganza sobre el vampiro de su alma (Adenaudi termina arrojándose de un sexto piso), sus palabras, al finalizar la novela, no dejan escapatoria:

"Me doy cuenta de que en realidad no estoy ni desesperada ni rencorosa, ni tengo nada en mí como para despertarme cierta compasión de mí misma. Lo que soy lo soy definitivamente.

—: Qué, Silvana?

—El recuerdo muerto de alguien que se ha muerto. Entonces, Señor, soy la vaciedad absoluta?" (Pág. 178).

Es el triunfo total del mal: la despersonalización.

Ya he hablado de este mundo de Cerretani y he manifestado mi punto de vista desaprobatorio. No hallo en él una visión acabada, no ha integrado los elementos de esta existencia. Ni el mal absoluto, ni el bien inmaculado se dan en este mundo, sino esa mezcla confusa de ambos, esa especie de ocaso permanente. Sólo que el cristiano descifra en esta semipenumbra el fulgor de una aurora sin ocaso y sabe que el triunfo definitivo está siendo basculado constantemente a favor del bien por la pureza de la redención del Hijo de Dios. Es menester decirlo frente a un libro bien escrito (aunque con frecuencia el diálogo detallista sugiere el hastío) y que se mueve en un ambiente equívoco en su simbolismo. Y lo de equívoco lo escribo porque no sabría decir hasta qué punto el autor participa de un cierto "espiritismo" literario que envuelve a los personajes. No pretendo condenar a Cerretani a ningún "infiernito" incómodo; sólo que me gustaría verlo más definido en la aceptación real de la tierra en que Dios —y no yo— lo ha colocado.

Pedro M. Fuentes S. J.

JOSEF GOLDBRUNNER. — "Libreta de clase de las primeras catequesis. — Herder. — Barcelona. — 1960.

En números pasados de esta revista, se hacía el elogio del "Catecismo Católico" que editó Herder; entre otras cosas, se decía de él, que era una obra sugerente. La "Libreta de Clase del Catecismo Católico" nos prueba esta realidad mostrándonos su notable fecundidad.

Sigue fielmente el desarrollo del "Catecismo Católico". A diferencia del Manual que explana cada lección desde un punto de vista teológico, y da un conocimiento psicológico del niño, la libreta de Clase pretende ser una explicación didáctica de la catequesis.

La presenta bajo una doble dimensión: palabra e imagen.

La palabra por medio del diálogo y de la escenificación. La imagen a través del dibujo, adaptando cada color a una realidad religiosa diferente. (El autor tiene un libro sobre la técnica para el dibujo, *Sakramentenunterrich mit dem Werkheft*, Kösel, Munich, 1955).

Los temas se estructuran de acuerdo a un fin propuesto que no es sólo la instrucción. Aclarar la mente con una verdad— sino que irrumpe en la vida del chico, despertando en él frente a lo religioso una actitud profundamente personal. (No olvidemos que el autor en su libro "Personale Seelsorge", es un defensor de la pastoral personal; por eso afirma que

el catequista debe persuadirse que la religión, más que un mero saber intelectual, es una realidad complejísima y a la vez profundamente unificante en la vida de su catequizando.

La libreta de Clase de las primeras catequesis, mantiene la misma estructura: presentando el desarrollo pedagógico de los tres sacramentos que debe recibir el niño: Penitencia, Eucaristía y Confirmación.

Estas libretas suponen el trabajo del niño en su casa; de esta manera, se convierte en una maravillosa catequesis de adultos, dado el interés que los padres suelen poner en los trabajos de sus hijos.

Jorge Llambías S. J.

WOLFGANG CZERNIN. — "Un sólo Cuerpo un mismo Pan". (Meditaciones litúrgicas sobre la Comunión). — Editorial Herder. — Editorial Litúrgica Española. — Barcelona. — 1960.

En las comunidades benedictinas y en algunas parroquias en donde el movimiento litúrgico está muy avanzado, se acostumbra cantar la antifona de la Comunión, intercalándola con el Salmo de donde está sacada o de algún otro de contenido semejante, mientras está comulgando la comunidad.

Esta obra, escrita expresamente para una comunidad benedictina femenina, reúne una serie de breves comentarios sobre dichas antífonas, con el objeto de desentrañar el rico contenido litúrgico teológico que tienen.

El plan que sigue es el mismo del año litúrgico; Propio del Tiempo, Propio y Común de los Santos y, por último, algunas fiestas del calendario benedictino.

Al final de cada meditación se señalan algunos textos de la Sda. Escritura con los que el autor ha ilustrado las reflexiones o que pueden ayudar a profundizar en los pensamientos expuestos.

A pesar de ir dirigido el libro a un público tan reducido y selecto, puede, si embargo, ser muy provechoso a los católicos dotados de un relativo grado de Cultura religiosa.

Ferino Sedrán S. J.

JOHANNES BIEKER. — "La Iglesia y la Religiosa." — Edit. Herder. — Barcelona. — 1960.

Entre las múltiples acepciones que se le pueden atribuir a la Iglesia, el autor ha elegido aquellas que resultan más gratas y elocuentes al corazón de la religiosa: considera a la Iglesia como Esposa de Cristo, como Virgen fiel e incontaminada y como Madre de todos los creyentes.

Teje un paralelismo con la vida espiritual de la religiosa, llamada a ser, precisamente, esposa de Cristo, virgen consagrada a Dios y madre espiritual de las almas.

A continuación, el autor, que se revela como conocedor de la vida íntima de las comunidades femeninas, propone a la Iglesia como modelo de las virtudes más características de la mujer consagrada a Dios: la fe de la religiosa ha de inspirarse en la fe de la Iglesia, su celo ha de ser misional y católico como el de la Iglesia y su temple de mujer, ha de sentirse vigorizado por la fortaleza y la esperanza que demuestra la Iglesia en el correr de los siglos.

La Virgen María, la realización más perfecta de la Iglesia, ha de ser para la religiosa, la norma y guía en este camino de perfección.

Las fuentes de inspiración de la obra, no podrían ser más puras: muy bien elegidos los textos del Nuevo Testamento, los símbolos veterotestamentarios y los comentarios de los SS. Padres. La exposición es siempre llana y llena de unción; el autor no abriga pretensiones teológicas en el sentido técnico de la palabra, aunque es siempre preciso y ajustado. El objetivo que pretende y logra plenamente es proporcionar a las religiosas, un abundante material de meditación y orientación espiritual.

Ferino Sedrán S. J.

SIR LIONEL LINDSAY. — "Arte Morboso". — Ed. Guillermo Kraft Ltda. — Buenos Aires, 1960. — 114 págs.

La actitud polémica contra el arte moderno, que ya tuviera Camille Mauclair allá por la década del veintitantos, se repite, casi con los mismos argumentos, en el presente libro.

Enfocar el problema del arte contemporáneo negándole todos los valores, y propugnar la vuelta al modo tradicional de expresión, sin más, por los motivos que aduce Sir Lionel Lindsay, es pecar de demasiada superficialidad. Es no haber comprendido el hecho del arte actual y dejarse llevar por una reacción de conservadorismo tan hueca como la entrega incondicional a lo moderno que el autor con este libro pretende alertar.

Muchos estamos de acuerdo en que el hecho del arte moderno no sea tal vez honroso ni digno para el hombre, como no lo son otras realidades sociales y políticas de nuestro siglo, pero no podemos afirmar por eso que el mismo arte moderno sea reprochable.

Desde fines del siglo pasado se ha ampliado considerablemente el concepto de

arte y aún el de belleza. Surgieron nuevas técnicas, así como habían surgido antes nuevos materiales que las postularon, y nuevas relaciones, ahora posibles, entre las diferentes artes tradicionales crearon campos nuevos. El ritmo de vida, los cambios sociales, algunos tan desastrosos, agudizaron y exasperaron la sensibilidad. Era natural que en tanta conmoción naufragaran, por lo menos en parte, las categorías antiguas que la crítica usara para sopesar el arte de otros tiempos y se impusiera el nuevo modo, necesario, de ver las cosas, que ha conservado gracias a Dios, los principios eternos de la crítica tradicional —aún cuando no todos lo sepan ver— pero despojados ya de características que el hecho del arte moderno nos mostró caducas. Seguimos hablando de composiciones y equilibrios, tonos, contrastes y armonías, ritmos superficiales y factura, pero intentar darles el significado preciso que tuvieron en el siglo XVIII o XVI es tan equivocado como aplicarlas con ese mismo significado a las obras del hombre medieval.

Se dice, con gracia, que Homero y los clásicos son perfectos porque se ajustaron en todo a la preceptiva que se sacó de sus obras. Ahondemos en nuestros modernos para que ellos mismos nos brinden un lenguaje. Para esto será necesario, antes que nada, ponernos en una actitud de respeto frente a ellos y brindarles nuestra confianza. Porque no suele ser el pintor quien debe aprender del espectador, sino al revés. No es al palurdo domingueño que se encuentra en un salón de arte moderno como un buey en un palacio, a quien debemos dar crédito primero. Pero si creemos que, todos los artistas modernos son falsarios, snobs o degenerados, aunque los haya habremos cerrado delante nuestro, toda posibilidad de comprensión y por ende de juicio acertado.

Sir Lionel Lindsay explica el arte moderno como creatura de un complot judío de "marchands" y críticos que lanza el mito por intereses comerciales. Los artistas, de ínfima moral, seducidos por el brillo del oro fácil se dedican a una improvisación absurda que pretenden hacer pasar por creación. Se denigra exprofeso a los grandes maestros del pasado para que el nuevo arte se enraíce. Mientras un grupo de snobs repite las frases de sus corifeos, el público sano —"que no se aparta de las concepciones tradicionales"— se siente molesto, consternado, ignorante, asqueado y hasta se ríe. El libro trae también, reproducidas en negro, unas pocas obras de los grandes modernos, no las mejores ciertamente, contrapuestas en algunos casos a pinturas de maestros antiguos sobre motivos semejantes, para señalar la incapacidad o la depravación contemporánea.

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Vivimos una encrucijada, y para la mayoría de los hombres la vida es un absurdo. Esta concepción nos duele a quienes dentro del Cristianismo conocemos la alegría de vivir en la esperanza y añoramos la época en que los artistas traducían en muros y fachadas la alegría del hombre redimido, hijo de Dios, o simplemente el equilibrio de la naturaleza humana que cree en la razón. Una loable voluntad, no hay duda, ha guiado a los traductores para poner en nuestra lengua la obra de Sir Lionel Lindsay, "frente a los millares de loas que alaban hasta los cielos todo lo que se produce sin que se descubra nada inquietante en el panorama de las escuelas que se siguen unas a otras vertiginosamente". Pero no equivoquemos el planteo. No pidamos al artista moderno que pinte como no siente. Agradecemosle mejor, el que a pesar de su desquicio tenga fuerzas para traducir

en imágenes un estado de cosas que haga abrir los ojos a quienes dentro de su aburguesamiento, su egoísmo o su simplicidad, creen que todo va bien. Lástima, evidentemente, que no siempre lo consiguieren. Quienes no tienen su atormentada sensibilidad siguen diciendo: Nos engañan, los artistas se burlan de nosotros. No toleremos su farsa, todavía Mozart puede ser telón musical de un campo de concentración...

Para terminar, digamos que en Rusia se pinta de acuerdo a "las nociones básicas del arte pictórico como se ha concebido en el pasado", que la alemania nazi proscribió el arte no figurativo, y que en un período no lejano de nuestro país, se construyeron columnatas dóricas en edificios significativos.

Dalmacio H. Sobrón, S. J.